MEDICINA & HISTORIA

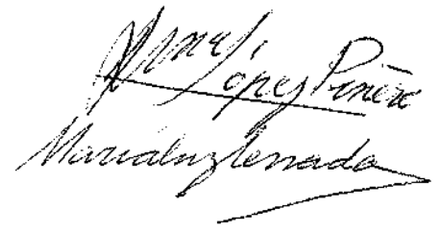
Junio
1967

Fascículo
XXXIV

'OSE M.ª LOPEZ PIÑERO / MARIA LUZ TERRADA FERRANDIS

LA OBRA DE JUAN TOMAS PORCELL /1565/ Y LOS ORIGENES DE LA ANATOMIA PATOLOGICA MODERNA

PUBLICACIONES MEDICAS BIOHORM. - SECCION: MEDICINA E HISTORIA | N.º R.: B. 1023-63 | D. L.: B. 27541-63 | EDITORIAL ROCAS. - DIRECTOR: DR. MANUEL CARRERAS. COLABORAN: DR. AGUSTIN ALBARRACIN - DR. DELFIN ABELLA - PROF. P. LAIN ENTRALGO - PROF. J. LOPEZ IBOR - DR. A. MARTIN DE PRADOS - DOCTOR CHRISTIAN DE NOGALES - DR. ESTEBAN PADROS - DR. SILVERIO PALAFOX - PROF. J. ROF CARBALLO - PROF. RAMON SARRO - PROF. MANUEL USANDIZAGA - PROF. LUIS S. GRANJEL - PROF JOSE M ª LOPEZ PIÑERO - DR. JUAN RIERA - SECRETARIO DE REDACCION: DR. FELIPE CID - DIRECCION GRAFICA: PLA-NARBONA



De esta edición se han separado cien ejemplares
numerados y firmados por el autor.

Ejemplar n.º **95**

JOSE M.ª LOPEZ PIÑERO / MARIA LUZ TERRADA FERRANDIS

LA OBRA DE JUAN TOMAS PORCELL /1565/ Y LOS ORIGENES DE LA ANATOMIA PATOLOGICA MODERNA

JUAN TOMAS PORCELL /1565/

Grabado en madera que figura en su libro

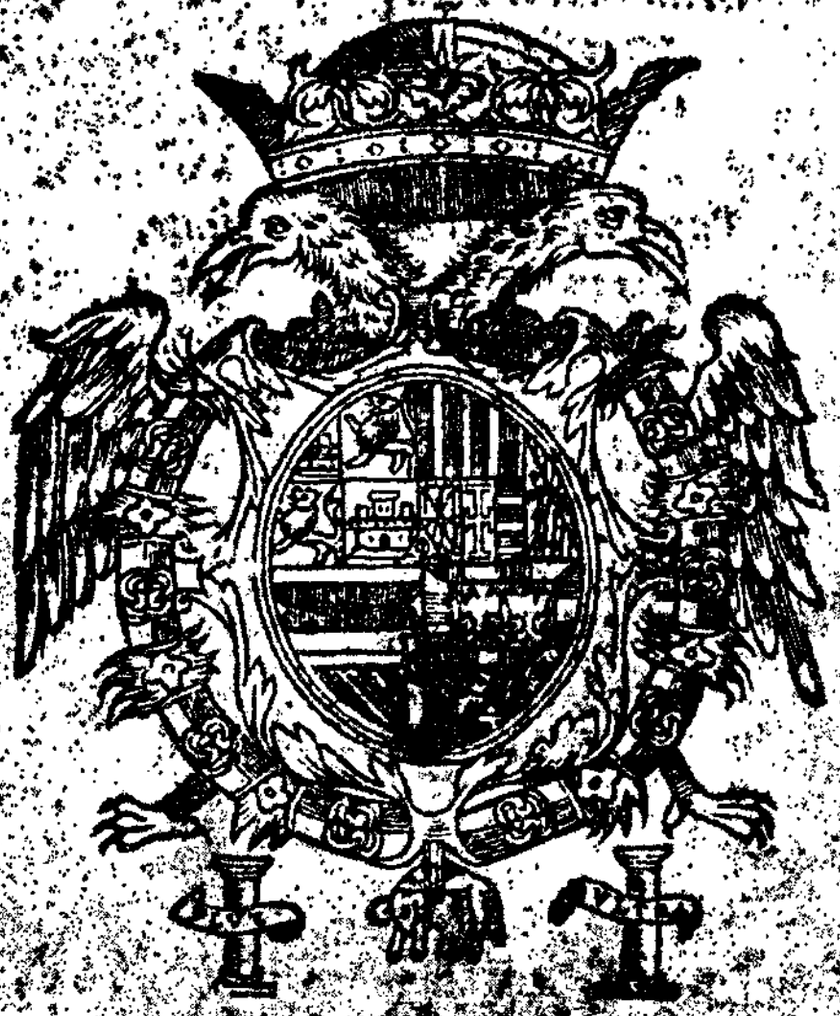
Hace dos años se cumplió el cuarto centenario de la publicación en Zaragoza de uno de los libros que señalan el punto de partida de la anatomía patológica moderna : la *Información y curación de la peste,* de Juan Tomás Porcell. Para su adecuada valoración resulta necesario tener presente, en primer término, los rasgos fundamentales de constitución histórica de esta disciplina.[1] Como es sabido, la práctica regular de autopsias de cadáveres humanos es un hábito que se inició durante los siglos bajomedievales en los países del Occidente europeo. Aunque la finalidad original de tal hábito fue la indagación anatómica o la resolución de problemas médico-legales, fue inevitable que los disectores fueran descubriendo de un modo casual diferentes lesiones patológicas localizadas en los órganos internos. Este proceso culminó lógicamente en la intensa actividad disectiva de los grandes anatomistas del Renacimiento, con Vesalio a la cabeza. No se trata, sin embargo, todavía, de los orígenes de la anatomía patológica moderna. Tal como ha demostrado LAÍN ENTRALGO en sus magistrales estudios, para que ésta sea posible, la lesión anatómica ha de pasar de mero «hallazgo casual» a ser un «hallazgo buscado». El propósito de realizar la disección de cuerpos humanos con el exclusivo motivo de descubrir sus posibles lesiones orgánicas, es, por tanto, la clave que permite los primeros pasos de una disciplina patológica moderna, cuyos métodos empíricos importa mucho diferenciar de la manera puramente conjetural con que la medicina galénica resolvía el problema de las localizaciones patológicas internas. Fueron unos cuantos médicos del propio siglo XVI los que comenzaron a buscar en la sala de autopsias la solución a tal problema. Es ya tópica la mención del librito *De abditis nonnullis et mirandis morborum ac sanationum causis* (1502) del italiano Antonio Benivieni como la publicación que abre cronológicamente esta tarea. En años posteriores de la centuria renacentista, otros textos de autores de diferentes países europeos recurrirán, con creciente claridad y exigencia, a los datos anatomopatológicos, unas veces para dar razón de un caso clínico aislado, y otras para fundamentar una explicación patológica sistemática.

La participación española en este momento de constitución de la anatomía patológica moderna es de gran importancia,[2] de acuerdo con el destacado lugar de la medicina y la ciencia de nuestro país ocupaban dentro del panorama general europeo de la época. En otro lugar,[3] hemos tenido ocasión de recoger la contribución de Francisco Valles, uno de los más grandes e influyentes internistas europeos de la centuria. Recordemos como muy significativo que llevara a su cátedra de Alcalá al anatomista valenciano Pedro Jimeno para que le sirviera de preparador, y anotemos su figura como la del primer médico europeo que dio lecciones de patología en una sala de autopsias. El ambiente que permitía todo esto depende directamente de la activa participación de nuestro país en el movimiento de la nueva anatomía centrado en la gran obra de Vesalio. Centros como la escuela de Valencia,[4] encabezados por personalidades como Luis Collado y Pedro Jimeno, influyeron, en primer término, en el desarrollo entre nosotros de la morfología normal : de Valencia partió la primera defensa de Vesalio frente a los ataques de las mentalidades conservadoras, y valenciana fue la procedencia de los catedráticos de anatomía que tuvieron en este siglo las universidades de Salamanca y Alcalá. Pero en segundo término, pesaron también en la difusión del pensamiento anatómico a otros campos de la medicina. Junto al caso de Valles, bastará que recordemos el desplazamiento a Valencia del gran cirujano castellano Francisco Díaz —padre de la urología moderna— para estudiar junto a Collado y Jimeno el saber anatómico que luego utilizaría en su clásico tratado. La escuela de Valencia no está, además, sola. El español Juan Valverde de Amusco es autor del texto anatómico más leído en toda Europa durante este siglo, a través de sus traducciones a diferentes idiomas. Aunque menos abierto a las nuevas corrientes hay que contar también con Valladolid como centro de cultivo del saber morfológico. Y conviene también no olvidar que la universidad de Lérida tenía desde 1391 privilegio real para realizar autopsias de cadáveres humanos, privilegio que Fernando el Católico había concedido en 1488 a la Cofradía de San Cosme y San Damián de Zaragoza, radicada en el mismo Hospital General de Nuestra Señora de Gracia en el que Porcell realizaría después su obra. La práctica de autopsias no era, por tanto, una excepción en la España en la que esta última se llevó a cabo, sino un procedimiento habitual, exigido incluso por minuciosos reglamentos escolares. La aplicación de lo morfológico a la patología era, por otra parte, un recurso con auténtica vigencia en el ambiente. Estas son las circunstancias en las que Juan Tomás Porcell va a realizar su extraordinaria contribución.

Porcell [5] nació el año 1528 en Cáller o Cagliari, capital de la entonces provincia aragonesa de Cerdeña. Estudió en varias universidades españolas, cursando medicina en la de Salamanca, donde fue discípulo del célebre Lorenzo de Alderete, al que cita con gran elogio en su obra. Terminada su formación, «escogí por el mejor y más famoso lugar en donde hubiese de hacer mi asiento y morada, la famosa y leal ciudad de Zaragoza».[6] Allí ejerció la medicina y llegó a ser catedrático en el Estudio General que precedió a la fundación de la universidad. Con toda probabilidad, allí murió también en una fecha anterior a 1583.

INFORMACION Y CVRACION DELA PESTE DE CARAGOCA. Y PRAESERVACION contra peste en general. Compuesta por Ioan Thomas Porcell Sardo, doctor en Medicina.

DIRIGIDA A DON PHILIPPE REY de las Españas. &c. Protector y restaurador dela fe.



CON LICENCIA DEL ILLVSTRISSIMO, y reuerendissimo Señor Don Hernando de Aragon Arçobispo de Caragoça, y [illegible] Illustrissima y reuerendissima [illegible]

EN CARAGOCA.

En casa dela viuda de Bartholome de [illegible]

[illegible] 6 [illegible]

Portada del
libro de Porcell

El motivo inmediato de su obra fue la terrible epidemia de peste que sufrió la misma ciudad de Zaragoza durante el año 1564. Porcell se hizo cargo de la asistencia de los ochocientos apestados que se amontonaban en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, en unas circunstancias extremas: «Por haberse muerto los cirujanos que curaban los pobres heridos de peste en el Hospital General de dicha ciudad de Zaragoza, y el físico que los visitaba haberse herido y adolescido de dicho mal, desde los primeros de mayo hasta los últimos de julio, y entonces no hallar médico ni cirujano alguno que, o por dinero, o por caridad juntamente con dinero, los quisiese visitar ni curar —tanto era el miedo que en ellos reinaba, por la muchedumbre de enfermos que al hospital acudía, y haber estado los pobres enfermos sin ser curados ni visitados tres o cuatro días... —los jurados de dicha ciudad... me enviaron a llamar... y me encargaron y rogaron tuviese en bien de visitar dichos dolientes de peste en dicho hospital...».[7] No es éste el momento de detenernos en la forma ejemplar en la que cumplió tal función, demostrando «que con el favor divino y el orden que con dichos dolientes en dicho hospital se ha tenido, no sólo ochocientos, más aún, dos mil, puede visitar y curar un doctor solo con cuatro cirujanos».[8] Sabemos que «los visitaba y curaba a todos dos veces al día, tres o cuatro horas por la mañana, y otras tantas por la tarde... viendo algunas orinas, tocando los pulsos y tumores, siquiera apostemas, y hallándose siempre presente al tiempo de curar y nunca consentir que curen los cirujanos sin que el médico esté presente».[9]

El resultado de tan rica experiencia lo expuso Porcell en una monografía que apareció impresa en Zaragoza al año siguiente: la citada *Información y curación de la peste de Zaragoza, y preservación de la peste en general,* que dedicó al propio Felipe II, «protector y restaurador de la fe». Se trata de un volumen de casi 250 páginas en las que se exponen de modo sistemático las cuestiones relacionadas con la naturaleza, la clínica, la terapéutica, la prevención y la asistencia de la terrible enfermedad. No podemos detenernos en todos los aspectos de su rico contenido, que ha merecido que esta obra sea considerada como una de las cumbres de la epidemiología renacentista.[10] Nuestra función se limita en este momento a dar noticia del lugar que dentro del mismo desempeña la anatomía patológica. Para ello es indispensable que digamos algo del pensamiento médico de Porcell y de los métodos que utilizaba en su trabajo.

Encontramos en Porcell una típica muestra de lo que fue la incipiente modernidad de las mejores figuras creadoras de la medicina del Renacimiento. Sus esquemas patológicos continúan siendo los del humoralismo galénico, pero manejados desde posiciones ideológicas inéditas y desde hábitos prácticos radicalmente nuevos. En lo que al tema presente importa esos elementos «modernos» pueden reducirse a una actitud distinta ante el conocimiento de la enfermedad, y a su expresión en el continuo recurso a la propia experiencia clínica y en la utilización de los datos anatomopatológicos como fundamento. En la misma dedicatoria a Felipe II lo expresa ya muy claramente: «...informar a Vuestra Majestad brevemente de ella según la realidad y la verdad, y poner el modo como se ha de curar y los remedios que por continua y larga experiencia, juntamente con la razón... he podido alcanzar ser mejores y más seguros, y con los cuales ha curado y convalescido mucha e infinita gente.

Marca del impresor del libro de Porcell.

Y esto en romance para que todos lo entiendan... Según la realidad de la verdad por haber abierto y hecho anatomías en cuerpos diferentes que se han muerto de dicho mal, y haber visto al ojo y claramente conoscido el humor malo y predominante, sus asientos y origen, y a qué parte inclinaba, y las causas de los grandes y bravos accidentes que consigo traía. Según la experiencia por haber visitado desde los primeros de mayo hasta el mes de diciembre de dicho año de 1564, los pobres enfermos de peste en el Hospital General de la dicha ciudad, en donde con el gran número de enfermos que ordinariamente ha habido (porque ha llegado día de 800 con los convalescientes, que estaban fuera de la ciudad, en la torre) medianamente se ha podido practicar y ejercitar lo que los autores en semejante enfermedad mandan hacer y guardar ; y de todo ello, escoger lo mejor y más seguro».[11] Ese deseo de «haber visto al ojo» la realidad de los fenómenos, no se reduce a un mero deseo de comprobar mediante la experiencia los datos de los autores clásicos —lo que ya de por sí hubiera sido interesante— sino que para Porcell la experiencia misma se convierte en el criterio superior. Encontramos en su libro, por tanto, nada menos que una terminante superación del criterio de autoridad : «De esta suerte —dice al iniciar su espléndida descripción clínica de la peste— primero trataré de los accidentes en general, después en particular, ansí de los malos como de los buenos, confirmándolo con autoridades de Hipócrates y Galeno los que se pudieran confirmar, aunque para esos y para los otros bastaría decirlo yo, no porque sea yo más que los otros, antes bien soy el más mínimo de todos, sino por haberlos visto y notado muchas infinitas veces y más que todos juntos.» [12] No puede extrañarnos que Porcell sea uno de los médicos renacentistas que adelantan la nosografía moderna : la tipificación de la peste en todos sus aspectos la realiza por generalización de lo observado y comprobado en su propia casuística clínica. Todavía más : lo vigoroso de su modernidad se demuestra en que fuera uno de los iniciadores de la estadística médica : «Yo estaba allí asentado —dice, describiendo la organización de su trabajo— con mi cartapacio, hecho por orden de abecedario, escribiendo y notando los que se habían muerto, y a cuantos días de su dolencia y abertura (del absceso) se habían muerto ; y si se habían muerto por haberlos abierto antes de tiempo, o por qué y cómo ; y los que se habían de purgar por cámara para minorar su materia, y todos los remedios que se les hacía y todo lo demás que era necesario...».[13] Al argumentar luego en defensa de sus criterios terapéuticos recurrirá a los medios estadísticos así reunidos : «Y ansí, me convalecieron sólo en dicho Hospital General, en el mes de mayo pasadas doscientas personas, y en el mes de junio pasadas seiscientas ; y en el mes de julio pasadas también de seiscientas, y el mes de agosto ciento y sesenta mujeres solas (no digo de los hombres que convalescieron en dicho mes de agosto porque el médico que primero los visitó, como convaleció a los últimos de julio, volvió a visitar los hombres, que eran setenta, y yo me quedé con las mujeres, que eran ciento setenta) ; y en el mes de septiembre, que el mal iba ya muy de caída, sesenta y tantas mujeres ; y en el octubre cerca de treinta ; y en el mes de noviembre, pasadas veinte...».[14]

No obstante, lo más destacable de su labor en este terreno es, sin duda, el uso que hizo de la investigación anatomopatológica como clave del conocimiento de la naturaleza de la enfermedad y como base de la orientación de su terapéutica. Formado en el ambiente español de interés hacia lo morfológico al que antes nos hemos referido, es evidente que Porcell no es solamente un entusiasta de la nueva anatomía, sino también de sus aplicaciones a la medicina. El texto que transcribimos a continuación resulta tan claro a este respecto que tal realidad apenas necesita ser subrayada. Sabemos su notable actividad de disector —«pasan de cincuenta (anatomías) las que hasta hoy he hecho» [15]— y conocemos incluso su intención de publicar una obra de anatomía «en diálogo».[16] No podemos, por el contrario, juzgar qué circunstancias pesaron en su formación y en su mentalidad como morfólogo, aunque puede conjeturarse con bastante seguridad que se inician en Salamanca con Cosme de Medina, el valenciano discípulo de Collado que enseñó anatomía en dicha universidad a partir de 1551, y que también le influyera el favorable ambiente hacia la práctica de autopsias existente en el mismo Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Hemos podido, en efecto, comprobar la continuidad de su tradición en este sentido desde los años finales del siglo XV hasta comienzos de la centuria dieciochesca.[17]

En cualquier caso, la obra anatomopatológica de Porcell es un hito de primera magnitud dentro de la historia universal de la medicina. En primer lugar, por lo que hizo : su prioridad es absoluta en cuanto a la realización sistemática de autopsias de apestados. Desde J. A. F. OZANAM [18] se viene repitiendo en numerosos lugares que los primeros intentos en este sentido fueron los realizados en la epidemia de Nápoles el año 1656 por orden de los magistrados de la ciudad, pertenecientes entonces, por cierto, a la corona de España. Las primeras investi-

gaciones sistemáticas serían las realizadas por varios autores en el sur de Francia durante la epidemia 1720-21. Estos esquemas desconocen la obra de Porcell —mucho menos difundida entre los historiadores que otras grandes contribuciones de nuestra medicina renacentista [19]—, pero dan idea de lo indiscutible de su prioridad. Para juzgar su mérito, resulta asimismo interesante conocer que el holandés Diemmerbroeck —el más celebrado de los tratadistas de peste del siglo XVII europeo— rehusó realizar autopsias en la peste de Nimega de 1631, por miedo al contagio.[20]

Pero la importancia de la contribución de Porcell no reside únicamente en lo que hizo sino en las razones de su actuación y en la forma que utilizó sus resultados. Hizo autopsias, según hemos dicho, para conocer la naturaleza de la enfermedad sobre bases objetivas, y ordenar consecuentemente una terapéutica adecuada. Los datos conseguidos con sus autopsias los aprovechó para explicar las manifestaciones clínicas de la enfermedad de forma más ajustada a «la realidad de la verdad». Como consecuencia práctica fundamental pudo cambiar radicalmente las indicaciones terapéuticas tradicionales, oponiéndose terminantemente a medidas como las sangrías, las purgas y la apertura intempestiva de los abscesos. Ya hemos visto cómo llegó a utilizar incluso argumentos estadísticos en defensa del extraordinario avance que significaba su nueva pauta terapéutica. No cabe duda de que la anatomía patológica moderna había conseguido con su obra uno de sus primeros éxitos.

Ofrecemos a continuación una transcripción del capítulo III de la primera parte del libro de Porcell,[21] en el que se encuentra la descripción de las cinco autopsias que realizó en cadáveres de apestados. Conforme a las normas habituales, hemos utilizado en ella la puntuación y la ortografía actuales, al mismo tiempo que suprimíamos algunas citas y aclaraciones ajenas al tema central del texto.

CAPITULO III

EN QUE SE TRATA DE LAS CINCO ANATOMIAS QUE SE HICIERON, Y DE LO QUE EN ELLAS SE HALLO DIGNO DE CONSIDERACION Y NOTAR

Como toda la dificultad y trabajo del docto y buen médico (porque el idiota y ruín no tiene que conjeturar ni pensar) consista, no en acumular grande número de remedios, sino en conocer y saber las causas de la enfermedad, porque entendidas y conocidas una vez aquéllas, fácilmente ordenará y aplicará el remedio conveniente y necesario para la tal enfermedad, y éstas no pueda alcanzar ni entender por certidumbre alguna exacta, mas de lo que por conjetura puede colegir de lo que el enfermo y ministros le dicen, y con sólo esto no pudiese yo venir en exacta consignación de dicha peste y de la causa de los accidentes que consigo traía..., determiné de abrir algunos cuerpos de los que morían de dicha enfermedad pestilencial, y en ellos hacer anatomía, para ver y conocer el humor malo y predominante, su origen y asiento, y a qué parte se inclinaba, y la causa de los grandes y fuertes accidentes que consigo traía, no obstante que era enfermedad contagiosa y de gran peligro.

La primera, pues, anatomía que hice, fue en una mujer preñada de seis meses. La cual, estando visitando y curando los enfermos, murió, y como la criatura estuviese viva y le saltase dentro de la barriga, para que dicha alma tuviese agua de baptismo y se salvase, la abrí luego y saqué la criatura, que aún boqueaba, y como el vicario de los heridos de peste estuviese presente, tuvo agua de baptismo y luego murió. Esta mujer era de edad de veintiocho hasta treinta años; tenía el tumor o apostema debajo el brazo izquierdo, muy grande, ancho y llano; tenía grandes ascos y vómitos allende de otros accidentes que padescía; murió al cuarto día de su dolencia. Halláronse en ella tres cosas dignas de consideración. Lo primero fue que la vejiga de la hiel era tan grande como un huevo de ansarón, llena toda de cólera, la cual no tenía su color natural, ques como de un amarillo claro, sino como de un rubio encendido...; y el meato o vía que va de la vejiga de la hiel y se injiere por la mayor parte al fin de la primera tripa que se llama **duodenum intestinum** y al principio del segundo que se llama **ieiunum,** ...el cual de su naturaleza es muy delgado que apenas se puede hallar y comúnmente no tiene ramillo alguno que vaya al hondón del estómago, en ésta era tan gordo como un dedo auricular de un muchacho, y tenía un ramillo que iba al hondón del estómago... todos llenos de dicha cólera en aquel espacio de tripa que había de donde se injería dicho meato hasta el hondón del estómago, y de allí regurgitaba al estómago; y en la parte interior del hondón del estómago, junto al agujero interior (el cual se llama en griego **píloros,** en latín **ianitor,** y barbara **portanarius,** cuyo oficio es en sana salud, y no corrompiéndose el manjar en el estómago ni menos estando muy repleto y lleno, no dejar salir nada del estómago sin que primero esté cocido) había porción o cantidad como de un huevo de una cólera que tenía el color de cardenillo, que es como de un verde claro... La cual era causa de los grandes, fuertes y bravos accidentes que tenía esta mujer cuando vivía y solía tener

esta enfermedad, que eran: postración grande de apetito, grandes ascos y ganas de revesar, dolor y bascas grandes de estómago, en tanto que solía decir cuando viva (y lo mismo decían los otros heridos de este mal) que no tenía otro mal sino en el estómago, y que si le quitaban aquello, que luego estaría buena. Lo segundo que hallé de notar fue que todos los miembros nutritivos, hígado, bazo, riñones, tripas, estaban tan buenos, en color, sustancia y magnitud, cuanto en un hombre sanísimo se puede desear. Porque los abrí y reconocí todos, y primero las tripas quitadas fuera del cuerpo según y como se requiere y lo manda Galeno, y no hallé más de que, en la última y penúltima tripa (que se dicen **rectum intestinum y colon intestinum)**, había unas pocas de hiesces. Secundariamente abrí el hígado, sacándolo afuera, y lo deshice todo mirando y considerando en él, ansí la carne como las venas y la sangre que en él estaba; y lo hallé todo como de la mujer más sana del mundo, y la sangre tan buena y tan colorada cuanto se podía desear. Abrí también después el bazo, y no hallé cosa de notar. También abrí los riñones, y hallé una poca más acuosidad de la que se suele hallar en otros. Lo tercero que hallé de notar que debajo el brazo donde tenía el tumor o apostema, no entre cuero y carne, sino entre la carne y las costillas, había porción y cantidad como de un grande huevo de cólera, casi del mismo color como la que estaba en la vejiga de la hiel, aunque no tan rubia encendida, sino algo más oscura, y ansí retirada ella algo a verde. Empezábase a cuajar como una yema de huevo, aunque no tan densa, y estaba llena, de la cual salían por medio de la carne hacia el cuero unos filarchos o filamentos, y acuérdome que antes que muriese, le toqué y tenté el tumor, y lo tenía tan sensible que apenas se lo dejaba tocar. Y esto me parece que es (como lo es) el oficio del buen médico en semejante enfermedad, ver y tocar un tumor a lo menos una vez al día. Porque es con quien se ha de llevar cuenta (no descuidándose de lo demás) y de quien se ha de tomar indicación de lo hacedero, como sea basis y fundamento de todos los accidentes que después suceden, y no sólo en ver la urina y tocar el pulso (como algunos médicos en semejante enfermedad suelen hacer) ni menos en confiarse de lo que el cirujano le dice. Porque **coeteris paribus,** mejor lo entenderá y conocerá el médico que el cirujano. Y ansí como no viendo ni tocando el médico los tumores una vez al día, está a lo que el cirujano le diga, y está cierto de lo hacedero, ansí, viéndolo y tocándolo, tendrá más certidumbre de lo que ha de hacer y dirá al cirujano lo hacedero y como se ha de regir... En los livianos no hallé cosa alguna digna de notar. En el corazón hallé unos cuajones de sangre, harto más negra de la que en otros suele ser y se suele hallar; echó de sí alguna hediondez, aunque no mucha.

La segunda anatomía que hice fue en un mancebo robusto y recio, de edad de treinta y tres años. Habíanlo sangrado antes que entrase en el Hospital, tenía la hinchazón en la ingle izquierda, de magnitud de una ave-

LA OBRA DE JUAN TOMAS PORCELL /1565/ Y LOS ORIGENES DE LA ANATOMIA PATOLOGICA MODERNA

llana y muy sensible; murió al segundo día de su dolencia. En el cual hallé tres cosas de notar. La primera fue como en el precedente, la vejiga de la hiel muy grande y aún mayor que la otra, llena de una cólera de un color de un amarillo oscuro, y en el meato o vía que sale de ella y se injiere en el fin de la primera tripa, y al principio de la segunda, para el efecto que en la precedente anatomía dije, lleno también de esta misma cólera, aunque más oscura. De este meato salía también un ramillo para el hondón del estómago, lleno de esta misma cólera, aunque más escura. De este meato salía también un ramillo para el hondón del estómago, lleno de esta misma cólera, y en la parte inferior del hondón del estómago había porción o cantidad como de un huevo de cólera de un color de un verde oscuro... La cual era causas de los grandes y fuertes accidentes que tenía antes que muriese, que eran: prostración grande del apetito, grandes ascos y ganas de revesar, dolor de estómago y cabeza, no poder dormir, inquietud grande, etc. La segunda cosa digna de grande consideración y admiración fue en el corazón, el cual, sacado afuera del cuerpo (atado primero en todos los cuatro orificios, para que no saliese nada de lo que en él estaba dentro) abrí, y en abriéndolo, echó de sí tan grande hedor y corrupción, que pensamos todos cuantos allí estábamos caernos muertos, tan grande fue la corrupción y vapor malo que nos dio a todos, y en especial a un cirujano de los que allí estaban, el cual pensé que se me quedara allí muerto, y ansí estuvimos todos de mala gana algunos días, pero no de tal suerte que dejásemos de curar y visitar los pobres dolientes. En las tripas y en el bazo no hallé cosa de notar; en los riñones hallé una acuosidad algo oscura, y por eso se quejaba en sana salud de los riñones, según que allí dijeron algunos que lo conocían. El hígado y masa sanguinaria hallé tal y tan bueno, que no lo puedo más encarecer ansí en color como en todo lo demás. Lo tercero que hallé de notar fue que dentro de la túnica que cobija y envuelve todos los miembros nutritivos y tripas, que se llama en latín **perytoneos** y en arábigo **ziphac**, en la parte inferior, junto al peine, hacia la ingle izquierda, que era donde tenía la hinchazón o tumor, había porción o cantidad como de dos huevos grandes de una cólera que tenía un color como de un buen azafrán... no estaba nada cuajada sino muy líquida, y en esto se diferenciaba de la otra, y no había salido casi nada hacia la hinchazón o landre. La cual abrí y era como dicho tengo, pequeña en magnitud, y figura como de una avellana, y por el rededor había un licorcillo amarillo, aunque en poca cantidad, y una poca de sangre cuajada, porque entonces se dejaban de echarle unas ventosas con sangre.

La tercera anatomía que hice fue en una muchacha de edad de doce años; flaquezuela, colérica, tenía una hinchazón debajo del brazo derecho algo grandezuela y llana; murió al quinto día de su dolencia. Tenía cuando vivía grandes desmayos y ascos de revesar; y revesó unas cóleras amarillas. No hallé cosa que diferiese de las otras, más que la cólera que estaba en la vejiga de la hiel, y la que estaba en el meato que va a las tripas, y la que estaba dentro en el hondón del estómago, y la que estaba en la misma hinchazón, era de un mismo color,

---

que era rubio encendido. Y la que estaba en la hinchazón no estaba cuajada como en la primera, sino muy líquida; y no entre cuero y carne, sino entre la carne y las costillas como en la primera. Todo lo demás era como en las otras. La vejiga de la hiel y el meato que va a las tripas, muy grandes y llenas de dicha cólera. La sangre que estaba dentro en el corazón era algo acuosa y muy hedionda, aunque no tanto como en la precedente. Todos los otros miembros nutritivos, hígado y masa sanguinaria, estaban tan buenos así en sustancia como en el color, cuanto en un hombre sanísimo se puede desear.

La cuarta anatomía que hice, fue de otra mujer de edad de veinte y seis años de muy mala complexión; tenía la hinchazón en la ingle derecha y muy pequeña; murió al cuarto día de su dolencia. Tenía grandes ascos y fuertes accidentes antes que muriese, y vomitó unas cóleras verdes oscuras... No diferenciaba nada de las otras, ansí en la vejiga de la hiel y el meato que va a las tripas ser grandes y llenos de cólera, como en todos los otros miembros nutritivos, hígado y masa sanguinaria ser tan buenos en sustancia y color cuanto en un hombre sano se puede desear, más de que en el estómago tenía una especie de cólera que se dice bilis porrácea, y en corazón grande putrefacción y corrupción, que aunque no fue tanta como la del segundo, fue harta para mí, que me encontraba ya bien cansado. En el hinchazón diferenciaba de las otras que tenía más porción de cólera entre cuero y carne que entre carne y huesos, y tengo para mí que si no hiciera los desórdenes que hizo, porque se bebió una redoma de vino que la trujo su marido, y en beber agua a menudo y en poca cantidad, que no muriera.

La quinta y última anatomía que hice fue en un mancebo de edad de hasta veinte y cinco años, de buena complexión. Tenía el tumor en la ingle derecha, de magnitud de un piñón con cáscara; murió al tercer día de su dolencia. Tenía grandes ascos y vómitos antes que muriese, y vomitó unos cóleras que no eran bien amarillas, ni bien verdes, sino entremezcladas. Y porque se decía que había muerto desmastado por haber tenido mucha conversación y trato con mujeres, y yo nunca haber hecho anatomía en semejantes (aunque hartas, porque pasan de cincuenta las que hasta hoy he hecho), la hice de mejor voluntad y gana que las otras, por ver al ojo lo que muchas veces había leído en muchas partes de Galeno, y en especial en el libro **de semine** y en otros muchos lugares y autores, cómo viene a echar sangre y se muere el que mucho trata y conversa con mujeres. Lo primero que hallé digno de consideración fue la vejiga de la hiel, porque era mayor que ninguna de las otras, de magnitud de una pera grande, llena toda de una cólera de color verde claro... y el meato que de ella sale y se injiere comúnmente al fin de la primera tripa y al principio de la segunda, por los efectos en la primera anatomía recitados, era muy grande y lleno de dicha cólera, aunque no tenía el color tan verde; y en el espacio que había desde donde se injería este meato en la primera tripa hasta el agujero inferior del estómago, había grande porción de cólera de color de azafrán quemado. Y en la parte inferior del hondón del es-

El antiguo Hospital de Nuestra Señora de Gracia, según un dibujo de José Gallay Sarañana

tómago había porción de media escudilla de una acuosidad que no era del todo verde ni del todo negra, sino como verdinegra, muy hedionda y pestilencial. Lo que hallé digno de consideración y ser visto era el hígado, porque era muy grande y mayor que dos hígados juntos; había grande copia y cantidad de sangre, pero muy buena y de muy buen color, sin infección alguna. Las venas que del tronco inferior de la vena cava salen y se injieren en los riñones, que se llaman **venae emulgentes** eran muy más gordas de lo que suelen ser, y todas llenas también de una sangre muy colorada. Y también en los mesmos riñones había buena cantidad de sangre, lo que hasta hoy en cuantas anatomías he hecho nunca he hallado ni visto. Los vasos espermáticos, el uno de los cuales sale de la vena emulgente que se injiere en el riñón izquierdo y va al compañón izquierdo, y el otro del mismo tronco de la vena cava y va al compañón derecho, y antes que lleguen a los compañones dan unas voltecicas **(in caprioli modum)** para que se detenga allí la sangre, y tome algún color y preparación de simiente, los cuales se llaman **vasa preparantia**... en éste eran muy grandes y todos llenos de mucha sangre, en tanto que no les pude hallar dichas voltecicas; y el vaso espermático derecho, que era el lado de la ingle donde tenía el tumor o apostema, era mayor y había más copia de sangre que en el izquierdo, aunque más negra y toda cuajada. Los compañones tenía todos llenos de sangre pura, sin que se pareciese nada a esperma o simiente. Los vasos espermáticos deferentes, que son los mismos en continuidad con los preparentes, y diferentes en cuanto al lugar y oficio que tienen y poseen... estaban también todos llenos de sangre. Allende de todo lo sobredicho, que es de harta consideración, tenía las arterias que van a los compañones muy llenas de una sangre muy más colorada y rubia que la otra. Lo tercero y último que hallé de consideración fue el tumor, que era como una granzuela, que de tan sensible, cuando vivo, no se la dejaba tocar; y alrededor de ella había una poquita de cólera vitelina; y luego después alrededor había una poca de sangre cuajada. En el corazón había grande abundancia de sangre muy negra y algo hedionda.

Estas son las anatomías que en la peste de Zaragoza he hecho, y lo que en ellas he visto y hallado digno de consideración. Las cuales han sido causa que convaleciese tanto número de gente en el Hospital General de dicha ciudad, porque después de hechas he curado todo al contrario de como curaba antes de haberlas hecho, que no es sangrando, ni sajando, ni menos purgando por cámara. Porque vea Vuestra Majestad, cuán necesarias son hacellas luego a los principios de semejantes enfermedades.

BIBLIOGRAFIA

1. Los mejores estudios históricos relativos a la anatomía patológica actualmente existentes son los de P. LAÍN ENTRALGO: «La patografía del método anatomoclínico». *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico,* Madrid, 1950, páginas 179-365; y los diferentes capítulos sobre el tema en la *Historia de la medicina moderna y contemporánea,* 2.ª ed. Barcelona-Madrid, 1963. Del resto de los trabajos, recordaremos los tomitos de E. B. KRUMBHAAR (*Pathology,* vol. XIX de la serie «Clio Medica», New York, 1937) y de E. R. LONG (*A history of pathology,* London, 1928). Este último publicó también una interesante antología de clásicos (*Selected readings in Pathology,* Springfield, 1929). También resulta útil el libro de EDGAR GOLDSCHMIDT: *Entwicklung und Bibliographie der pathologisch-anatomischen Abbildung,* Leipzig, 1925; así como el capítulo que sobre esta materia escribió H. CHIARI en el *Handbuch* de Historia de la Medicina dirigido por M. Neuburger y J. Pagel («Geschichte der pathologischen Anatomie des Menschen», Vol. II, págs. 473-559). Anotemos, por último, que CHERLES SINGER editó hace pocos años la traducción inglesa del libro de Benivieni que después se cita en el texto (Springfield, 1954).
2. La historia de la anatomía patológica española no ha sido hasta ahora objeto de una investigación sistemática. En algunos de nuestros trabajos hemos procurado ir aportando materiales para la misma:
a) La anatomía patológica microscópica anterior a la obra de Cajal se encuentra en gran parte recogida en el libro de M. L. TERRADA y R. MARCO: *La histología española anterior a Cajal,* Salamanca (en prensa).
b) En otros estudios hemos recogido algunos aspectos aislados de la anatomía patológica macroscopica del siglo XIX (J. M.ª LÓPEZ PIÑERO: «Francisco Javier Laso de la Vega y la introducción en España del método anatomoclínico». *Bol. Soc. Esp. Hist. Med.,* II (1962, núm. 2) de finales del siglo XVII (J. M.ª LÓPEZ PIÑERO: «La obra cardiológica de Joan d'Alós. Sus puntos de vista acerca de la fisiología circulatoria, la transfusión sanguínea y la anatomía patológica cardiovascular». *Med. Esp.,* XLIX (1963, 409-423) y del mismo siglo XVI (J. M.ª LÓPEZ PIÑERO y L. GARCÍA BALLESTER: «Francisco Valles y los orígenes de la anatomía patológica moderna». *Arch. Ibe. Hist. Med. XIV* (1962) 129-132.
3. V. el último trabajo citado en la nota anterior.
4. V. J. M.ª LÓPEZ PIÑERO y L. GARCÍA BALLESTER: *Antología de la Escuela Anatómica Valenciana del siglo XVI.* Valencia, 1962.
5. El mejor estudio dedicado hasta el presente a Porcell es el discurso de ingreso de N. MARISCAL GARCÍA en la Real Academia de Medicina de Madrid: *El Doctor Juan Tomas Porcell y la peste de Zaragoza de 1564.* Madrid, 1914 (2.ª ed. Ibid., 1945). Con todo, dista mucho de ser un estudio realmente comprensivo de su obra, y adecuado a las exigencias de la histografía médica actual.
Muy deficientes son los otros tres trabajos consagrados a su figura: M. AINSA PONT: «Contribución al estudio de la peste bubónica en España: Juan Tomás Porcell.» *Trab. Cat. Hist. Crit. Med.,* IV (1953), 27-583; M. ALVIRA MALLÉN: «Porcell y la peste de Zaragoza en el año 1565». *Clín. Lab.,* LI (1951), 225-234; F. OLIVER: *El doctor Don Juan Tomás Porcell.* Madrid, 1956 (folleto de 8 páginas publicado con motivo del XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina).
También hay que contar las referencias que dedican a su vida y a su obra algunos tratados de tipo general, entre los que recordaremos las de NICOLÁS ANTONIO: *Bibliotheca Hispana Nova.* Madrid, 1783-88, I, pág. 786; II, págs. 311, 361 y 364; FÉLIX DE LATASSA: *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses,* vol. II, Zaragoza, 1885, pág. 580; JOAQUÍN DE VILLALBA: *Epidemiología española,* Madrid, 1803, vol. I, pág. 102-105; ANTONIO HERNÁNDEZ MOREJÓN: *Historia bibliográfica de la Medicina española,* vol. III. Madrid, 1843; págs. 110-123; ANASTASIO CHINCHILLA: *Historia de la Medicina española,* vol. I Valencia, 1841, págs. 395-404; EDUARDO GARCÍA DEL REAL: *Historia de la Medicina en España.* Madrid, 1921, págs. 219-25; PEDRO LAÍN ENTRALGO: *Historia de la Medicina moderna y contemporánea,* 2.ª ed. Barcelona-Madrid, 1963, págs. 43-44; y LUIS S. GRANJEL: *Historia de la Medicina española.* Barcelona, 1962, págs. 54 y 58.
6. JUAN TOMÁS PORCELL: *Información y curación de la peste en Zaragoza, y preservación contra peste en general...* Zaragoza. Viuda de Bartolomé de Nágera, 1565. Dedicatoria del autor a Bernardo de Bolea.
7. PORCELL: *op. cit.* fol. 1.r
8. PORCELL: *op. cit.* fol. 1.r
9. *Ibid.*
10. LAÍN ENTRALGO: *op. cit.* en la nota 5.
11. PORCELL: *op. cit.* Dedicatoria del autor al rey Felipe II.
12. PORCELL: *op. cit.* fol. 27v
13. PORCELL: *op. cit.* fol. 3.r
14. PORCELL: *op. cit.* fol. 15v-16r
15. PORCELL: *op. cit.* fol. 7.r
16. PORCELL: *op. cit.* «Censura» del Licenciado Mores.
17. V. J. M.ª LÓPEZ PIÑERO: *Los comienzos de la medicina moderna en España.* Valencia (en prensa).
18. J. A. F. OZANAM: *Histoire médicale générale et particuliere des maladies épidémiques.* Vol. VI. Lyón, 1835. El número de publicaciones históricas que siguen en el criterio citado es tan abundante que renunciamos a intentar reproducir siquiera una selección de las mismas. Anotaremos tan sólo el trabajo de J. MAHE: «Peste». *Dictionnaire Encyclopédique des Sciences Médicales,* dir. por A. Dechambre. 2.ª serie, vol. XXIII, París, págs. 641-752, que da una utilísima exposición histórica de la anatomía patológica de la enfermedad.
19. Ello se refleja incluso en su ausencia de los repertorios bibliográficos habitualmente manejados en la investigación histórica-médica. Unicamente el *Biographisches Lexicon* de Hirsch y Gurlt y el viejo diccionario de Manget le dedican unas brevísimas líneas.
20. J. MAHE: *op. cit.,* pág. 684.
21. PORCELL: *op. cit.,* fol. 3.v-8.r